

**LA COMUNICACIÓN
INTERCULTURAL**

MIQUEL RODRIGO

LA COMUNICACIÓN INTERCULTURAL

Miquel Rodrigo

Ponencia publicada en “Portal de la comunicación”

En este texto se pretende exponer las características y los problemas de la comunicación intercultural. Para ello se va a dar respuesta a las siguientes preguntas: ¿Qué entendemos por cultura?, ¿Cómo diferenciamos una cultura de otra?, ¿Cuál es la diferencia entre la pluriculturalidad y la interculturalidad?, ¿Qué es la comunicación intercultural?, ¿Cómo conseguir una comunicación intercultural eficaz?, ¿Qué problemas plantea la comunicación intercultural?.

Antes de tratar el tema de la comunicación intercultural es imprescindible que aclaremos ciertos conceptos. Téngase en cuenta que de acuerdo con nuestros principios de partida, lo que entendamos por comunicación intercultural cambiará radicalmente.

Miquel Rodrigo es profesor titular del Departamento de Periodismo y de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma de Barcelona.

¿QUÉ ENTENDEMOS POR CULTURA?

Al hablar de pluriculturalidad o de interculturalidad, necesariamente, hemos de ir a la raíz del tema: qué se entiende por cultura. Así mismo, hay que hacer una opción teórica. Como veremos más adelante, voy a partir de un concepto interaccionista de cultura.

En primer lugar, hay que decir que el ser humano es un ser básicamente cultural y que la cultura es una construcción del ser humano. A grandes rasgos podríamos decir que cada persona ha nacido en una comunidad de vida en la que se ha socializado. La persona interioriza unas maneras de pensar, de sentir y de actuar. A partir de esta interiorización no sólo comprende el mundo de su comunidad, sino que éste se va a convertir en su mundo. Pero al mismo tiempo esta persona va a ser un elemento constitutivo de esta cultura e, inevitablemente, va a ayudar a su transmisión, su conservación y su transformación. Puede parecer contradictorio, pero téngase en cuenta que una cultura es dinámica y cambiante. Por ello algunas de sus manifestaciones se conservan, otras cambian y otras desaparecen. Todo esto sucede por la interacción comunicativa que se produce en el seno de cualquier comunidad de vida.

Todos nacemos en comunidades de vida que son además comunidades de sentido porque nos van a dar instrumentos para dar sentido a la realidad de nuestro entorno.

“En las comunidades de vida se presupone la existencia de un grado mínimo de sentido compartido (...) la mayoría de las comunidades de vida, a través de distintas sociedades y épocas, anhelan alcanzar un grado de sentido compartido que se sitúe de algún modo entre el nivel mínimo y el máximo.” Berger, Peter L. y Thomas Luckmann (1997), *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido*, Barcelona, Paidós (original en alemán, 1995), p.47.

En segundo lugar, como puede apreciarse, hemos llegado a otro tema decisivo que es el de la comunicación. La cultura debe su existencia y su permanencia a la comunicación. Así podríamos considerar que es en la interacción comunicativa entre las personas donde, preferentemente, la cultura se manifiesta.

Si aceptamos estas ideas debemos señalar qué otras ideas de cultura quedan descartadas y qué consecuencias tiene la orientación escogida. Si partimos de esta postura interaccionista de la cultura, podemos descartar una concepción esencialista de la cultura.

Es decir, la cultura no es algo que está más allá de los seres humanos. No es algo inamovible y ahistórico, y que forma parte de la esencia permanente de una comunidad de vida. La cultura se construye por la interacción de los seres humanos, pero al mismo tiempo jamás está definitivamente construida, porque, continuamente por la propia interacción de los seres humanos, está en proceso de construcción. Esto puede apreciarse claramente en el lenguaje que va cambiando a lo largo del tiempo. Por ejemplo, con la aparición de los ordenadores se desarrolla un nuevo vocabulario anteriormente inexistente.

La palabra “cultura” tiene su propia historia y evolución. Además no todas las culturas, especialmente las culturas orales que estudian los etnólogos, tienen un equivalente en su lengua de la palabra “cultura”. Ya es paradójico que se estudie de una determinada comunidad de vida algo que ésta no tiene una palabra para nombrar. En occidente la palabra “cultura”, tal y como la entendemos ahora, aparece en el siglo XVIII. En su origen latino hacía referencia al cuidado de los campos. Cuche, Denys (1996), *La notion de culture dans les sciences sociales*, Paris, La Découverte.

Si seguimos con la misma concepción interaccionista de la cultura, también deberíamos aceptar que no hay culturas mejores y ni peores. Evidentemente cada cultura puede tener formas de pensar, sentir y actuar en las que determinados grupos se encuentren en una situación de discriminación. Pero si aceptamos que no hay una jerarquía entre las culturas estaremos postulando el principio ético que considera que todas las culturas son igualmente dignas y merecedoras de respeto. Esto significa, también, que la única forma de comprender correctamente a las culturas es interpretar sus manifestaciones de acuerdo con sus propios criterios culturales. Aunque esto no debe suponer eliminar nuestro juicio crítico, pero si que supone inicialmente dejarlo en suspenso hasta que no hayamos entendido la complejidad simbólica de muchas de las prácticas culturales.

Se trata de intentar moderar un inevitable etnocentrismo que lleva a interpretar las prácticas culturales ajenas a partir de los criterios de la cultura del interpretante. Si no hacemos este esfuerzo de comprensión, la comunicación intercultural se hará más difícil y aumentará la probabilidad de malentendidos.

¿CÓMO DIFERENCIAMOS UNA CULTURA DE OTRA?

Otra cuestión que hay que plantearse es cuándo estamos ante una comunidad de vida con una cultura distinta. ¿Qué criterios se pueden utilizar para determinar que estamos ante una cultura distinta? Tomemos, por ejemplo, cuatro criterios: la lengua, la religión, el género y la edad. La lengua podría ser un criterio, pero hay comunidades de vida que hablando la misma lengua se consideran culturas distintas. ¿Todos los hispanohablantes forman parte de la misma cultura? La religión podría ser otro criterio, pero entonces los judíos cuya lengua materna es el catalán no serían catalanes. También se ha dicho que el género sería un elemento importante de diferenciación cultural, así se podría postular una cultura femenina distinta de la cultura masculina. Así mismo podríamos plantearnos como criterio la edad, por ello habría una cultura de los jóvenes o una cultura de las personas mayores.

Pero estas diferenciaciones implicarían caer, de nuevo, en una visión estática y esencialista de la cultura. Por ejemplo, aceptemos que los jóvenes se convierten en un colectivo al que le atribuimos una cultura. Simplemente por la edad ya se les atribuye la pertenencia a una cultura determinada. Así la diferenciación se establece a priori y no tiene en cuenta el dinamismo, la interdependencia y el pluralismo de la mayoría de las culturas. En primer lugar, si hay algo que caracteriza a los jóvenes es precisamente la pluralidad de puntos de vista que tienen. En segundo lugar, un mismo joven puede participar, al mismo tiempo, de distintas culturas, por ejemplo las determinadas por la lengua, la religión y el género.

Así los criterios que se pueden utilizar para diferenciar las culturas son múltiples y las combinaciones de estos criterios, que se pueden dar en una persona en concreto, son enormes. Por consiguiente, aunque una persona nace en una comunidad de vida, las sociedades modernas se caracterizan por un pluralismo cultural, que hace difícil establecer cuáles son las fronteras culturales o los criterios de diferenciación cultural.

“...toda religión es un acto de fe. Así como la patria es un acto de fe. ¿Qué es, me han preguntado muchas veces, ser argentino? Ser argentino es sentir que somos argentinos.” Borges, Jorge Luis (1992), *Siete noches*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 78-79, (primera edición 1980).

Los postulados fundamentalistas de la cultura pretenden mostrarnos unas culturas homogéneas, puras y “no contaminadas”. De esta forma se niega la asunción como propias a todas aquellas manifestaciones que se consideran que no forman parte de una supuesta cultura originaria, aun produciéndose en un territorio compartido. Así se pretende establecer la diferenciación entre lo que es propio de una cultura y lo que es impropio. Además para que esta pureza tenga un buen fundamento se establecen unos orígenes inmaculados excluyendo los vestigios de lo que se considera otra cultura.

¿CUÁL ES LA DIFERENCIA ENTRE PLURICULTURALIDAD E INTERCULTURALIDAD?

De hecho si aceptamos la idea interaccionista de la cultura, toda cultura es básicamente pluricultural. Es decir, se ha ido formando, y se sigue formando, a partir de los contactos entre distintas comunidades de vidas que aportan sus modos de pensar, sentir y actuar. Evidentemente los intercambios culturales no tendrán todos las mismas características y efectos. Pero es a partir de estos contactos que se produce el mestizaje cultural, la hibridación cultural.

En ocasiones es difícil tomar conciencia de este mestizaje cultural porque la percepción humana es selectiva. Esta percepción selectiva nos lleva a fijarnos en aquellos fenómenos de la vida cotidiana que reafirman una concepción preconcebida de la realidad. De esta forma vamos reafirmando nuestra visión de la realidad porque vemos, prioritariamente, lo que la reafirma.

Se trata simplemente de hacer una mirada pluricultural a nuestro alrededor para darnos cuenta de la cantidad de manifestaciones culturales que se consideran como propias y que tuvieron su origen en comunidades de vida que en la actualidad se las considera como culturalmente distintas. Hay que aceptar el hecho que la realidad cultural es, en sus orígenes y en la actualidad, pluricultural.

La civilización árabe ha configurado casi tanto la cultura española como la latina. En castellano el 60% de los arabismos empiezan con al (el artículo “el”).

En el ámbito económico la herencia árabe incluye: la agricultura (alfalfa, alcachofas, algodón...), la alimentación (albóndigas, almíbares...), la industria química (alcoholes, alquitranes, almidones...), la industria de la construcción (albañiles, arrabales, atarazanas...), la industria del confort (almohodas, alfombras...) y la economía urbana (alcantarillas, alquileres, albaranes...). Roca, Francesc (1997), El País Cataluña, 4 de octubre, p.2.

Como hemos podido apreciar es necesario adquirir una mirada pluricultural que nos permita distanciarnos de la cultura en que hemos sido socializados para, por un lado, ser autoreflexivos en relación a la propia cultura y, por otro lado, llegar a comprender el punto de vista de otras culturas.

Ya se sabe que, a veces, para hacer un juicio sobre lo propio es mejor tomar una cierta distancia.

Así, tanto Cadalso, en 1789, en sus Cartas Marruecas como Montesquieu, en 1721, en sus Lettres Persanes, crearon personajes de otros continentes para criticar la sociedad de su época. Este esfuerzo de comprensión es imprescindible antes de pasar a la autocrítica y a la crítica.

Hasta ahora hemos hablado principalmente de pluriculturalidad. Cuando utilizamos el concepto de “pluriculturalidad” nos referimos a un estado de cosas. Es decir, la pluriculturalidad es el rasgo característico de las culturas modernas actuales.

“Los países latinoamericanos son actualmente resultado de la sedimentación, yuxtaposición y entrecruzamiento de tradiciones indígenas (sobre todo en las áreas mesoamericana y andina), del hispanismo colonial católico y de las acciones políticas, educativas y comunicacionales modernas. Pese a los intentos de dar a la cultura de élite un perfil moderno, recluyendo lo indígena y lo colonial en sectores populares, un mestizaje interclasista ha generado formaciones híbridas en todos los estratos sociales.” García Canclini, Néstor (1990), Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad, México, Grijalbo, p.71.

Una cultura no evoluciona si no es a través del contacto con otras culturas. Pero los contactos entre culturas pueden tener características muy diversas. En la actualidad se apuesta por la interculturalidad que supone una relación respetuosa entre culturas. Mientras que el concepto “pluricultural” sirve para caracterizar una situación, la interculturalidad describe una relación entre culturas. Aunque, de hecho, hablar de relación intercultural es una redundancia, quizás necesaria, porque la interculturalidad implica, por definición, interacción.

¿QUÉ ES LA COMUNICACIÓN INTERCULTURAL?

De acuerdo con lo explicado hasta ahora cualquier comunicación podría definirse como intercultural. Esto nos podría llevar a un callejón sin salida, ya que la calificación de la comunicación como intercultural se volvería innecesaria. La única forma de aclarar la situación es constatar la existencia de una graduación en la diferenciación cultural. Así las formas de pensar, sentir y actuar de distintas comunidades de vida estarán más o menos próximas unas de otras porque compartan, por ejemplo, la lengua o algunos elementos de sus estilos de vida. Evidentemente cuantos más elementos las comunidades de vida compartan más sencilla será la comunicación entre ellas. Como puede apreciarse, en un extremo tendríamos la diferenciación mayor y en otro la prácticamente casi absoluta indiferenciación. En cada circunstancia la comunicación intercultural tendrá unas características distintas, de acuerdo con la proximidad o lejanía.

Sin embargo, aunque no pretenda dar unas recetas multiuso para cualquier situación intercultural, quizás sería útil tener en cuenta una serie de criterios para conseguir una comunicación intercultural más eficaz. Los seres humanos hemos sido socializados en una determinada comunidad lingüística en la que adquirimos unas competencias comunicativas. Si entramos en contacto con personas que hablan una lengua distinta deberemos establecer una lengua común para interaccionar.

Es decir, es imprescindible tener una lengua común en la que podamos comunicarnos. Esta competencia lingüística es una condición necesaria, pero no suficiente para una óptima comunicación intercultural.

La siguiente anécdota es atribuida a Margaret Mead: “En el curso de una de sus investigaciones sobre el lenguaje de una población aborígen, trató de aprender este lenguaje a través de un procedimiento denotativo. Señalaba un objeto y pedía que le pronunciaran el nombre; luego otro objeto, y así sucesivamente; pero en todos los casos recibió la misma respuesta:

“Chemombo”. Todo era “Chemombo”. Pensó para sí: “¡Por Dios, qué lenguaje terriblemente aburrido! ¡Todo lo designan con la misma palabra!”. Finalmente, después de un tiempo, logró averiguar el significado de “Chemombo”, que quería decir... ¡señalar con el dedo!”. Foerster, Heinz von (1994), “Visión y conocimiento: disfunciones de segundo orden”, en Dora Fried Schnitman (ed.), Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad, Buenos Aires, Paidós, p.95.

¿CÓMO CONSEGUIR UNA COMUNICACIÓN INTERCULTURAL EFICAZ?

Para una eficaz comunicación intercultural es necesario, por un lado, una nueva competencia comunicativa y, por otro lado, un cierto conocimiento de la otra cultura. La comunicación interpersonal no es simplemente una comunicación verbal, la comunicación no verbal (espacial, táctil, etc.) tiene una gran importancia. Es decir, que no es suficiente conocer un idioma, hay que saber también, por ejemplo, el significado de la comunicación gestual del interlocutor.

Además hay que recordar que la comunicación no es un simple intercambio de mensajes que tienen un sentido incuestionable. Un mismo discurso puede tener distintos niveles de lectura que sólo las personas que conozcan bien la cultura pueden alcanzar.

Por ejemplo, para comprender bien la película Forrest Gump, interpretada por Tom Hanks, era necesario un cierto conocimiento de la historia y de la cultura estadounidense. Evidentemente la película se podía ver sin estos conocimientos, pero se perdían las referencias de muchas secuencias de la película. Es necesario, por consiguiente un conocimiento lo más amplio posible de la cultura de la persona con la que se interrelaciona.

El desconocimiento de “el otro” lo deshumaniza. Como se puede apreciar en la obra de Shakespeare El mercader de Venècia, Shylock reclama el derecho a su humanización: “...¿I que no té ulls un jueu? ¿Que no té mans, ni membres, ni proporcions, ni sentits, ni afectes, ni passions? ¿No menja la mateixa teca? ¿No és ferit amb les mateixes armes? ¿No està subjecte a les mateixes malalties, curat pels mateixos mitjans i escalfat i refredat pels mateixos estiu i hivern que qualsevol cristià? Si ens punxeu, ¿no sagnem? Si ens feu pessigolles, ¿no ens posem a riure? Si ens emmetzineu, ¿no ens morim?...”. Shakespeare, William (1985), El mercader de Venècia, Barcelona, Bruguera, p.70, (traducció de Josep M. de Sagarra).

Pero no hay que conocer sólo otras culturas, sino que la comunicación intercultural implica también una toma de conciencia de la propia cultura. En muchas ocasiones nuestras comunicaciones están llenas de valores que transmitimos sin ser apenas conscientes de ello. La comunicación intercultural no sólo supone comunicarse con otras culturas sino también hacer el esfuerzo de repensar la propia cultura.

Un requisito prácticamente imprescindible para la comunicación intercultural es que haya un cierto interés por culturas distintas de la propia. Por supuesto, no se trata de un interés anecdótico o dirigido a confirmar nuestros propios valores. Se trata de ver qué puedo aprender de las otras culturas. Frente a los intentos, propios del colonialismo, de modificar las culturas no dominantes para hacerlas lo más próximas posibles a las dominadoras, en la actualidad se busca conocerlas tal y como son.

Este cambio de mirada hacia las culturas ajenas también se manifiesta hacia la propia cultura.

En primer lugar, uno debe ser consciente de su punto de vista etnocentrista y empezar a repensar muchos de los valores de los que hasta ahora fundamentaban lo que se ha denominado la “identidad cultural”. Me refiero a aquellos valores que se basan precisamente en la denigración de la cultura ajena para ensalzar la propia. Esta toma de conciencia debe descender al propio lenguaje, ya que el lenguaje cotidiano legitima una realidad social, en ocasiones, profundamente discriminadora.

No es fácil eliminar los estereotipos negativos que cada cultura tiene de la ajena. A lo largo de la historia los pueblos han deshumanizado a los otros pueblos con el fin de crear un consenso social en contra de ellos. Muchos de estos estereotipos están muy profundamente enraizados en el imaginario colectivo de una cultura, como todavía se puede apreciar en el lenguaje. Una “judiada” es al mismo tiempo “acción propia de los judíos” y “acción cruel e inhumana”. Una “gitanada” es “acción propia de los gitanos” y “adulación, halagos o engaños para conseguir lo que uno desea”.

A finales del siglo XV "...aparece la sífilis, un nuevo azote de cuya propagación se acusa siempre a los otros, a los enemigos. Para los italianos es "el mal francés", pero los franceses la llaman "el mal napolitano"; los españoles bautizan la enfermedad como 'el mal alemán' y los flamencos la denominan "el mal español"; para los rusos es "el mal de los polacos", y para los turcos, "el mal de los cristianos". (El País Semanal, 11 de octubre de 1992, p. 62). En la actualidad, en castellano, la sífilis se conoce también como "el mal francés".

Cuando se entra en relación con personas de culturas muy distintas se puede producir lo que se ha denominado un "choque cultural". En este choque cultural no sólo se produce una incompreensión del comportamiento ajeno, sino que también afloran una serie de emociones negativas: desconfianza, incomodidad, ansiedad, preocupación, etc. Para superar este choque cultural hay que comunicarse.

La comunicación no es un simple intercambio de información. La comunicación implica, también, ser capaz de compartir emociones. Es decir, hay que ser capaz de crear una relación de empatía. La empatía es la capacidad de sentir la emoción que otra persona experimenta. Tener la habilidad de empatizar es imprescindible en muchas relaciones interpersonales. Si en el seno de una familia sus miembros no tienen empatía entre sí, es muy probable que las relaciones familiares se deterioren más fácilmente. La empatía también es necesaria para la comprensión mejor de "el otro". No se trata simplemente de sentir lo que él o ella siente, sino que a través de las emociones aumentar nuestra comprensión.

Hay que tener en cuenta que si entre personas de una misma comunidad de vida, en ocasiones, se producen incompreensiones, entre personas socializadas en culturas distintas éstas pueden aumentar. Uno puede comunicarse aceptando un cierto grado de malentendidos, pero si estos aumentan la comunicación será muy difícil. En la comunicación intercultural hay que asumir que el malentendido puede ser la norma y no la excepción. Por ello es necesario desarrollar la capacidad de metacomunicarse. Es decir, tener la capacidad de decir lo que se pretende decir cuando se dice algo.

Metacomunicar significa hablar del sentido de nuestros mensajes, pero no sólo de lo que significan sino incluso de que efectos se supone que deberían causar. Un ejemplo sencillo, si entro en una habitación que tiene la ventana abierta y digo "Aquí hace mucho frío ¿no?" y mi interlocutor responde "Ah ¿Sí?... ¿Tú crees?" y deja la ventana abierta significa que mi interlocutor no ha entendido mi mensaje. La primera afirmación no era una simple constatación de un hecho, como parece haber entendido, sino que se sobreentiende una petición de que se cerrara la ventana. Si, molesto, replico: "Perdona, te estaba pidiendo si podrías cerrar la ventana", lo que hago es metacomunicarme. En la vida cotidiana funcionamos con una gran cantidad de sobreentendidos, presuposiciones, eufemismos, etc en los que el sentido no está en el significado literal del mensaje.

Se trata de un sentido presupuesto compartido por los miembros de una misma comunidad de vida. Pero en la comunicación intercultural los sobreentendidos o las presuposiciones pueden ser una fuente inagotable de malentendidos. Por ello no basta con comunicar, en muchas ocasiones es necesario también metacomunicar. En la comunicación intercultural no se puede presuponer que mi interlocutor va a entender precisamente lo que no se dice explícitamente.

“El encuentro de las culturas no es forzosamente intercultural. Un fenómeno cultural no se debe a que las culturas se encuentran, puede haber simplemente agresión o eliminación de uno por el otro. El encuentro de las culturas se convierte en un fenómeno cultural si, de alguna manera, existe aceptación y proyecto común.” Weber, Edgard (1997), “Líneas transversales de los debates (identidad, cultura, religión, islamismo, modernidad, mundialización, interculturalidad y negociación)”, en Revista CIDOB d'Afers Internacionals, n° 36, mayo, p. XII.

Por último, hay que decir que la comunicación intercultural no se produce de forma descontextualizada. Toda comunicación se produce en unas circunstancias determinadas que modifican las características del proceso comunicativo. Por ejemplo, si la comunicación intercultural se hace con la lengua materna de uno de los interlocutores, éste se sentirá mucho más cómodo que el otro.

Las relaciones sociales son relaciones de poder, por ello en la comunicación también se manifiestan estas relaciones de poder. Los interlocutores no siempre están en un plano de igualdad. No siempre se trata de un desequilibrio amenazante, sino que actúa de una manera más implícita, por ejemplo estableciéndose quien es el forastero en la interacción.

Por todo esto, a la hora de iniciar una comunicación intercultural es necesario establecer las bases para el intercambio cultural. El diálogo intercultural debe realizarse dentro de la mayor igualdad que sea posible. Esto no significa ignorar la existencia de posiciones de poder distintas entre los interlocutores.

Se trata de reconocerlas e intentar reequilibrarlas en lo posible. Téngase en cuenta que ni el paternalismo ni el victimismo son actitudes adecuadas para el inicio de una comunicación intercultural.

Para una comunicación intercultural eficaz es necesario:

- Una lengua común
- El conocimiento de la cultura ajena
- El re-conocimiento de la cultura propia
- La eliminación de prejuicios
- Ser capaz de empatizar
- Saber metacomunicarse
- Tener una relación equilibrada

¿QUÉ PROBLEMAS PLANTEA LA COMUNICACIÓN INTERCULTURAL?

En cierta ocasión le preguntaron al escritor británico Chesterton qué opinaba de los franceses. Se cuenta que Chesterton contestó simplemente: “No los conozco a todos”.

En el lenguaje de vuestra vida cotidiana solemos hablar de los franceses, los musulmanes, los occidentales, etc. Con harta frecuencia a la hora de hablar de estas agrupaciones utilizamos estereotipos que poco tienen que ver con la realidad, que es mucho más compleja.

Además hablar, por ejemplo, de los franceses es, en muchas ocasiones, un ejercicio de sobregeneralización. Esta sobregeneralización nos permite una economía mental, ya que el estereotipo preconcebido facilita la explicación de la realidad. El fijarse atentamente y el intentar descubrir el sentido de las cosas se vuelve innecesario. El estereotipo nos permite explicar hasta lo incomprensible: “Ya se sabe... los franceses son así”.

Lo que caracteriza, la mayoría de las veces, a la comunicación intercultural es el desconocimiento que se tiene sobre la otra cultura. A medida que vas relacionándote con personas de distintas culturas vas tomando conciencia de la propia ignorancia. No se puede esperar que un estudioso de la comunicación intercultural pueda dar unas indicaciones muy precisas sobre como relacionarnos con personas de una cultura concreta, a menos que se haya especializado en ella. Como mínimo hay tantas lenguas como culturas, y no se conoce todavía al ser humano que las hable todas.

El constatar que hay muchas culturas distintas no debe hacernos caer en el error de sobredimensionar las diferencias culturales.

La forma más simple de conocer es comparar. A partir de un punto de referencia se establecen relaciones del tipo “es igual a”, “es diferente a”, “es similar a”, etc. En los contactos interculturales es muy frecuente utilizar el método comparativo para describir nuestra experiencia. Así se viene a establecer lo que es común y lo que es distinto.

En la comunicación intercultural se puede dar la tendencia de construir a “el otro” distinto. Es decir, ya que se trata de una persona de otra cultura, debe ser distinto. Así pues, se destacan sobre todo las diferencias.

Una mirada superficial sobre otras comunidades de vida no puede, generalmente, proporcionar más que una visión diferenciadora. A medida que se va profundizando es cuando las similitudes, inherentes a los seres humanos, se ponen de manifiesto.

Hay que combatir la tendencia a poner el acento en la diferencia y a olvidar lo común. Esto lleva a universalizar la diferencia. Se afirma que, en esencia, somos distintos. Así se cae de nuevo en el esencialismo cultural que busca diferenciar para excluir. Esto no significa que deban negarse las diferencias, pero hay que situarlas a su nivel real.

En ocasiones, se ha contrapuesto una visión universalista, que afirma que todos somos iguales, a una concepción relativista, que considera que todos somos distintos. Quizás de lo que se trata es de aceptar estos dos principios que parecen contradictorios. Es muy posible que los seres humanos, al nivel más profundo, sean todos iguales. Por ejemplo, todos sufrimos un proceso de socialización en una cultura determinada. Sin embargo, está claro que la cultura en que hemos sido socializados propicia que tengamos determinados pensamientos, sentimientos y comportamientos semejantes, en ocasiones, y diferentes, a veces, de los de personas socializados en otras culturas. En definitiva, se puede reducir esta contradicción si aceptamos el universalismo en el nivel más profundo del ser humano y el relativismo en el nivel más superficial.

“Un hombre no es nunca un individuo; sería mejor llamarle un universal singular” Sartre, Jean Paul (1971), *Flaubert, l'idiote de la famille*, Paris, Gallimard, p.7.

Es posible que con algunas culturas haya una mayor cantidad de manifestaciones culturales que podamos considerar semejantes que con otras culturas. Siempre situándonos a un nivel superficial de la manifestación cultural se trata de una graduación de mayor o menor proximidad. Por supuesto, no nos referimos a una proximidad de tipo geográfico sino de afinidad cultural, que en determinadas situaciones puede darse entre culturas muy distantes geográficamente. Por ejemplo, en cierto curso que recibí en los Estados Unidos discutíamos sobre distintas prácticas en la vida cotidiana. La profesora, que era norteamericana, nos comentaba que cuando iba a visitar a su padres, éstos establecían la hora exacta de inicio y final de la visita familiar. Entonces, un compañero de los Emiratos Árabes Unidos y yo nos cruzamos una mirada de inteligencia, que venía a significar que en nuestras respectivas culturas esto sería prácticamente inconcebible.

Situar las diferencias a un nivel superficial no significa que no sean importantes. Son importantes a partir del momento que pueden obstaculizar la comunicación intercultural. La forma de superar este obstáculo consiste, en primer lugar, en estar atento también a las similitudes; en segundo lugar, en relativizar la importancia de estas diferencias y; por último, en ahondar en el sentido profundo de las diferencias. Es posible que así descubramos que su sentido profundo sea semejante al de la cultura propia.

Para acabar hay que advertir del peligro de caer en el otro extremo, que es universalizar a partir de lo propio y no de lo común. Esta tendencia nos puede llevar al eurocentrismo y, así por ejemplo, se consideraría que el modelo europeo es el modelo universal de evolución histórica. A partir de este criterio los demás pueblos estarían en los estadios anteriores. Por ejemplo, se afirmaría que se ha descubierto un nuevo grupo étnico neolítico o que otro pueblo se encuentra en la Edad Media. Lo que se hace es utilizar categorías establecidas por una determinada cultura para explicar a otras culturas. Esto puede ser aceptable si se utiliza como metáfora, pero es inaceptable si se pretende universalizar un tipo de desarrollo histórico determinado.

Como puede apreciarse la comunicación intercultural se sitúa en el delicado equilibrio entre lo universal y lo particular, entre lo común y lo diferente. De hecho la comunicación intercultural nos impele a aprender a convivir con la paradoja de que todos somos iguales y todos somos distintos.

Algunos de los obstáculos de la comunicación Intercultural son

- La sobregeneralización
- La ignorancia
- Sobredimensionar las diferencias
- Universalizar a partir de lo propio